



VOL: AÑO 10, NUMERO 27

FECHA: ENERO-ABRIL 1995

TEMA: ACTORES, CLASES Y MOVIMIENTOS SOCIALES I

TITULO: **Crisis, acción colectiva y racionalidad individual**

AUTOR: *Juan Mora Heredia* [\*]

SECCION: Artículos

EPIGRAFE:

"Ahora que (el Marxismo) parece estar en descrédito, valdría la pena estudiarlo atentamente".

J. Muguera.

RESUMEN:

En un contexto de crisis de la Sociología Occidental y de intensificación de las movilizaciones colectivas, la teorización acerca de lo social durante los últimos tres decenios entró en un proceso de transición, favoreciendo el surgimiento de innovadoras y polémicas conceptualizaciones como es el caso del paradigma de la elección racional. Así, en una década que apunta al incremento de los debates acerca de la naturaleza, aplicación y limitaciones de los presupuestos de dicho modelo, las consideraciones vertidas en el presente ensayo son un acercamiento a los planteamientos que, desde este enfoque, realiza Jon Elster en torno al tema de acción colectiva.

ABSTRACT:

Crisis, Collective Action and Individual Rationality

Within a context of a western sociology crisis and an intensification of collective mobilizations, the theorization about the social, during the last three decades, entered to a process of transition, helping the appearance of innovative and polemical conceptualizations, as it is the case of the rational election paradigm. This way, in a decade pointing out towards the increase of debates about the nature, the application and limitations of the foundations of such model, the considerations poured in this essay represent an approach to the setting out which from this pont of view makes Jon Elster around the topic of collective action.

TEXTO

El desborde teórico suscitado por el decurso en los eventos sociales durante las últimas dos décadas, ha perturbado la teorización social obligando a replantear los problemas desde perspectivas relegadas que "retornan a los clásicos", o bien innovan con heterodoxias intradiscursivas que al mismo tiempo causan furor y dejan un prurito de incertidumbre ante su exceso de formalización, y que en no pocas ocasiones se muestran aparentemente muy distantes de lo real, aunque en el fondo esto no sea así. De esta manera, frente a las corrientes holísticas universalizadoras destacan líneas de análisis

emergentes proclives a reivindicar los microfundamentos, como vendría a ser el caso del enfoque de elección racional. tos, como vendría a ser el caso del enfoque de elección racional.

Para dicha concepción, el argumento de la determinación general sobre el que se había fincado el aprendizaje de lo social en las últimas décadas, es sustituido por un precepto individualista de acción racional, donde los fenómenos o circunstancias humanas encuentran su motivación en los intereses y decisiones individuales, motivación estructurada en una distendida relación de costo-beneficio. Este proceder interpretativo que ha trascendido las fronteras del ámbito económico propagándose rápidamente en los últimos años a otras ramas de la ciencia social, es calificado por Adam Przeworski como "una ofensiva no vista desde las década de 1890: una tendencia deliberada a imponer el monopolio del método económico a todos los estudios de la sociedad" (Przeworski, 1990: 3).

Sin lugar a dudas la afirmación de Przeworski es bastante aventurada y radical, pero cardinal porque da cuenta del sentido que tiene la reflexión social en este convulso fin de siglo. Ella implica un abierto desafío relativo a cómo incorporar o resistir el agobiante punto de vista individualista tendiente a hegemonizar la lectura social, con base en "las acciones racionales de los individuos orientados hacia un objetivo" (Przeworski, 1990:3). De ahí que en una década que promete estar marcada por los debates en torno a la naturaleza, aplicación y restricciones de los presupuestos de elección racional, las consideraciones vertidas en el presente ensayo sean un acercamiento a los planteamientos de Jon Elster en torno al tema de acción colectiva. Elster, quien conjuntamente con Gerald Cohen, John Roemer y el citado Przeworski se inscriben dentro del programa de investigación denominado "marxismo analítico", [1] a través del cual recuperan la más rica tradición anglosajona del filosofar analítico para efectuar una revisión en sentido estricto de Marx. Una relectura que no se enclaustra en la mera exégesis de lo que "dijo" o "dejó de decir" Marx, sino que desde el saber lógico, matemático y de modelos pondera la vigencia de las ideas marxistas. Una revisión de Marx que mediante el instrumental proporcionado por la elección racional intenta actualizar sus premisas.

Así las cosas, la primera parte de este trabajo indaga acerca de las condiciones en las que se quebrantan los esquemas explicativos de la Sociología Occidental [2] durante el período de posguerra, debido a la intensificación de las movilizaciones sociales, mientras en un segundo bloque apuntaremos algunas claves de interpretación que para el análisis de la acción colectiva define Jon Elster.

I.

En los albores de la década de los setenta, Anthony Giddens apuntaba lo siguiente:

La "crisis" -un término trillado y poco satisfactorio en sí mismo- de la sociología contemporánea es un síntoma de que nos encontramos en una importante fase de transición de la teoría social. En líneas generales, los orígenes de la situación actual no son difíciles de discernir. Dos grupos de factores, relacionados entre sí, se encuentran implicados en la misma. Uno consiste en los acontecimientos que, durante los pasados años, han roto el modelo de la "política de consenso" en las sociedades capitalistas: el incremento de los niveles huelguísticos en algunos países, las luchas de 1968 en Francia y la aparición de los movimientos de protesta estudiantiles. A esto deben añadirse los conflictos producidos dentro del mundo socialista y que culminan con la invasión soviética de Checoslovaquia. El segundo factor es la evidente pobreza de las formas teóricas

dominantes en la sociología para explicar estos acontecimientos (Giddens, 1983:12-13 cursivas nuestras).

Una larga cita, pero significativa por la percepción de "crisis" expuesta aquí. En ella, si bien Giddens admite la existencia de la llamada crisis de la sociología moderna, se muestra reservado para concebir un trastorno estructural e irreversible de la teoría social en su conjunto. Dicha observación es pertinente, luego que ha sido común colocar a las ciencias sociales durante los últimos treinta años en un perenne estado de "crisis", obviando la discusión acerca del carácter de esta "crisis", sin preguntarse de qué ciencias sociales hablamos y sin analizar tampoco si la "crisis" fue igual para todas las teorías, o hubo diferenciación en sus efectos e impresión para cada una de ellas en lo particular. En otros términos, juzgar si la "crisis" alude al proyecto teórico en su totalidad, o sólo a figuras particulares del razonamiento social que impulsaron modalidades específicas de conceptualización acordes con ciertos momentos epocales, aunque ahora se encuentran en una coyuntura de profunda revisión de sus teoremas.

En este contexto es conveniente mencionar la manera cómo sobrevino, por ejemplo, la llamada "crisis del marxismo", que en magnificación y espectacularidad no tuvo el mismo trato que la sociología norteamericana, a pesar de que ambas padecían dificultades consubstanciales. Acerca del caso marxista es necesario subrayar que la mayor cantidad de imputaciones al modelo emanaron desde su propio seno. [3] Múltiples fueron los derroteros de esta controversia intelectual, aunque en la mayoría de los casos sin soluciones o alternativas. La única certeza que se cristalizó en relación directamente proporcional al avance del movimiento, fue la noción de una "crisis del marxismo", asentada en el hecho de que a raíz de la no correspondencia de ciertos elementos de interpretación marxista ante las nuevas circunstancias de la sociedad industrial, ello ya implicaba ipso facto el quebrantamiento total del paradigma.

A italianos y franceses les tocó protagonizar este paradójico capítulo en la historia del marxismo, luego de que las principales impugnaciones contra las hipótesis marxistas surgieron precisamente de los lugares -Italia y Francia- con una mayor militancia política comunista en la Europa de la posguerra. De entonces a la fecha, la representación de una "crisis del marxismo" se ha convertido en una suerte de paralogismo inherente al desarrollo del propio discurso, que además sirvió de referencia legitimadora para hablar ya no sólo de la insuficiencia de una modalidad de abstracción social y política, sino para generalizar este hecho consignando una crisis global de las ciencias sociales.

No alejada del desasosiego marxista está la sociología norteamericana, cuya tendencia a privilegiar la actividad empírica por sobre las disquisiciones en materia de filosofía social, le confirió al trabajo conceptual escasa o nula atención. Preocupada por examinar concretamente su realidad social, la sociología norteamericana producía una gran cantidad de investigaciones aplicadas, pero tenía escaso interés en para elaborar complejas construcciones analíticas sobre las cuales montar el desarrollo de la reflexión social. Ello derivó en un pragmatismo exacerbado que otorgaba un abultado peso a los procedimientos técnicos, soslayando la cuestión teórica y/o epistemológica.

Si acaso existía un tema de litigio teórico en Norteamérica, éste giraba en derredor del inevitable "crepúsculo" de las ideologías, donde se planteaba que valores y axiomas dogmáticos estarían a punto de fenecer abriéndose un horizonte intelectual "objetivo", articulado en la evaluación de lo que es y no de lo que se deseaba. Y en favor de esta empresa, la sociología norteamericana se afanó en promover un cambio en la percepción de los juicios constitutivos de las teorías. Se decía que todos los grandes pensadores tenían entre sí acuerdos tácitos, lo cual llevaba a consentir que la relación entre las teorías fuera de aquiescencia y no de querellas o antagonismos. Quedaba postulada de

esta forma una ideología de la convergencia que ordenaba la interpretación del acontecer social e histórico en función del consenso, y no de la actividad conflictiva (Gouldner, 1979: 25).

En tales circunstancias, el debate teórico capaz de proponer bocetos originales para el análisis estaba paralizado. Ello provocó un alto en el ejercicio conceptualizador de los fenómenos de organización y movilización evidenciados por la sociedad contemporánea, y cuando éstos alcanzaron su definición máxima, el arquetipo de la Sociología Occidental mostró su fragilidad para comprenderlos. De esta manera, el incremento de acciones colectivas expresadas a través de las revueltas estudiantiles de los sesenta, el avance de las luchas obreras en los países industrializados, las resistencias antiimperialistas en el Tercer Mundo, así como la difusión de los excesos del "socialismo real" fueron acontecimientos límite que pusieron a prueba la potencialidad heurística tanto del marxismo soviético, como de la sociología norteamericana. [4] En consecuencia, la "crisis" de esta peculiar discursividad, a decir de Giddens (1983) y Gouldner (1979), la podemos ubicar fundamentalmente en sus insuficiencias teóricas. Pero sin que estas limitaciones específicas significaran una crisis de toda la teoría social en cuanto tal.

Ahora bien, frente al desconcierto causado por esta crisis en la Sociología occidental, pertinente es notar que uno de los campos de estudio con más auge durante la década de los sesenta y setenta, encaminado a restituir la cientificidad de la teoría social que coadyuvara en la comprensión de los "nuevos" acontecimientos, fue la dimensión epistemológica. [5] Para ello se afirmaba que la incongruencia de la teoría con los hechos se hallaba en las propias contradicciones del sistema de ideas. El resultado de este planteamiento fue una desenfrenada operación intelectual por armar estructuras lógicas cada vez más complejas, que redefinieran la relación entre pensamiento y realidad. Tres décadas después, esta inclinación epistemológica todavía con un amplio consenso entre la comunidad de científicos sociales, no ha logrado superar el obstáculo de haber escindido sus categorizaciones de las mutaciones concretas del capitalismo. Mucho hay escrito acerca de las coherencias internas de las teorías, pero poco sobre los impactos del capitalismo como formación histórica en la producción de conocimientos. Quedan las incógnitas acerca de cómo se han alterado, por ejemplo, las nociones de tiempo-espacio y con ello, los mecanismos de percepción y medición. O bien, las variaciones en los esquemas de historicidad y su correspondiente impacto en la constitución de la subjetividad social. En este marco, nuevamente ¿de qué crisis hablamos?; ¿de las no teorizaciones en los discursos ideológicos de posguerra, de los sistemas conceptuales en sí mismos, o de todo el paradigma de lo social? Sin una respuesta absolutamente precisa, tal viene a ser uno de los grandes déficits de la época, quedando aún pendiente la construcción de una tipología de la "crisis" que delimite la naturaleza de la misma en términos de sus ritmos y temporalidades.

## II.

Establecido lo anterior, la cascada de sucesos "incomprensibles" para la Sociología Occidental registrados desde los años sesenta a la fecha, colocó en el centro de la controversia temas olvidados o no tratados por el marxismo dogmático y la sociología norteamericana. El más aquilatado sin duda, porque se convirtió en la matriz de la agenda temática para esta segunda mitad del siglo XX, fue el asunto de la acción colectiva y sus implicaciones en la movilización y organización social. Debido a ello, el análisis social ha sufrido una conmoción obligándose a replantear los problemas desde sugerentes operaciones intelectuales, como viene a ser el caso concreto de la elección racional, para la que las acciones de los individuos encuentran su motivación en los intereses y decisiones de una dilatada relación de costo-beneficio. A este respecto, cabe indicar que la regla de determinación estructural sobre la cual se había desplegado el aprendizaje de

lo social en los últimos años, paulatinamente ha sido sustituida por la noción de interés. [6] Precepto retomado del liberalismo económico calificado como diferente de las pasiones además de ser un factor explicativo básico de la acción individual, [7] el cual es asociado a la racionalidad en tanto capacidad intelectual amplia para discernir lo útil de lo dañino.

La tesis del interés calculado racionalmente se presenta como un "novedoso" intento de revitalizar la comprensión social, generando una cruzada por ampliar la perspectiva analítica de la elección racional, que por otra parte no expresaba más que la enconada disputa entre la tradición del homo oeconomicus y del homo sociologicus por hegemonizar el análisis social. Tal era un propósito que a partir de la década de los setenta evidenciaba muestras de éxito para el teorema individualista, en detrimento del enfoque normativo y estructural. En ese marco podemos inscribir la crisis de la Sociología Occidental, que no solamente tuvo su declive por su exaltada filiación ideológica, sino por su fragilidad teórica para soportar los embates matematizados, con modelos y con una alta carga técnica en sus procedimientos metodológicos, desde la ciencia económica.

La habilitación del perfil económico como punto de vista predominante ha tenido diversos efectos entre la comunidad de especialistas; los hay desde aquellos quienes han observado una conversión acrítica hacia esta tradición, hasta los que mantienen una defensa a ultranza de los presupuestos del corpus sociológico, pasando por los heterodoxos que reconocen innovaciones destacadas en la óptica económica, y se dan a la tarea de retraducirlas con el fin de apuntalar las líneas defensivas de un proyecto reformista, recogiendo lo cardinal del discurso marxista y liberal. En dicho programa podemos ubicar a Jon Elster, quien junto con Gerald Cohen, John Roemer y Adam Przeworski, se hallan adscritos a la "postura metodológica académica" de los "marxistas analíticos", y se reconocen como "resultado de las tradiciones marxistas y no marxistas".

Sobre el particular, Roemer, en su introducción a *El marxismo: una perspectiva analítica*, señalara:

¿Cuáles son los aspectos metodológicos a través de los que el "marxismo analítico" se distingue a sí mismo del marxismo tradicional? Primero, una necesidad irrestricta hacia la abstracción. En su mayor parte, el marxismo tradicional vacila cuando se aleja demasiado de la historia real. El ancla más profunda del marxismo es una cierta perspectiva de la historia que la define como el progreso de las sociedades clasistas, en donde una clase minoritaria de no trabajadores se apropia o expropia el excedente económico de una clase mayoritaria de trabajadores. Si se leva el ancla, ¿queda otro remedio que ser arrojado a la playa, contra los arrecifes del escolasticismo burgués? Antes de saberlo es preciso aceptar la necesidad de la abstracción cuando se desea centrar la atención y revelar de un modo adecuado las partes dinámicas de cualquier teoría. Por ello, los marxistas analíticos no se oponen a utilizar abstracciones (Roemer, 1989:9).

Ello por lo que concierne a su filiación no marxista, ¿pero por qué reivindicar el marxismo? En palabras del mismo Roemer:

Pero ¿por qué debe llamarse marxista este tipo de esfuerzo? No estoy seguro de que así deba ser, aun cuando la etiqueta sí conlleva por lo menos ciertas introspecciones fundamentales que se consideran provenientes de Marx. El materialismo histórico, las clases sociales y la explotación son tratadas como categorías centrales en la organización de las ideas. Existe la creencia de que alguna forma de socialismo es superior al capitalismo actual y de que la alienación e injusticia del capitalismo contemporáneo pueden ser superadas por ese tipo de socialismo. En realidad probablemente la mayor tarea del marxismo de hoy sea construir una teoría moderna del socialismo. Tal teoría

debe incluir una explicación de las ineficiencias e injusticia del capitalismo moderno, así como un proyecto teórico para corregir esas fallas en una sociedad socialista factible. Creo que los métodos y herramientas del marxismo analítico son lo que se requiere para elaborar tal teoría (Roemer, 1989:10).

O como el mismo Elster propone:

Si se considera marxista a quien sostiene todas las creencias que el mismo Marx consideraba como sus ideas más importantes, incluyendo el socialismo científico, la teoría del valor-trabajo, la teoría de la tasa decreciente de la ganancia, la unidad de la teoría y la práctica en la lucha revolucionaria y la visión utópica de una transparente sociedad comunista inmune a la escasez, ciertamente yo no soy marxista. Pero si se entiende por marxista alguien capaz de encontrar en Marx la fuente de sus importantes creencias, soy ciertamente marxista. Para mí esto incluye, en especial, el método dialéctico y la teoría de la alienación, de la explotación y de la lucha de clases, en forma generalizada y adecuadamente revisada (Elster, 1992:4). revisada (Elster, 1992:4).

Con grados de influencia distintos, en los que el sesgo económico matemático es perceptible en la obra de Roemer o la filosofía analítica en el pensamiento de Cohen, este grupo de filósofos de las ciencias sociales presentan como parte constante de sus investigaciones el uso del principio de acción racional, a la par que adoptan como metodología base el individualismo metodológico. Ello ha derivado en una fuerte polémica acerca de sus aportes, sobre todo porque según se arguye, este presumible nuevo marxismo no tiene nada de original, supuesto que mientras el marxismo es colectivista y tiene como finalidad analizar la historia, la elección racional se conforma con examinar la acción individual (Paramio, 1991:54). En ese sentido, el moderno marxismo antes que enriquecer al viejo paradigma, pareciera reducirlo al contentarse tan sólo en encontrar las razones de las conductas de las personas. Sin embargo, esa es precisamente la apuesta analítica de esta corriente teórica: abandonar los razonamientos macroestructurales y refugiarse en las consideraciones microindividuales.

Vale la pena resaltar que la teoría de la elección racional de donde se nutre el "marxismo analítico" arranca de una presunción económico-individualista de explicación social desarrollada ampliamente por la escuela neoclásica, misma que descarga todo su potencial en la figura de un individuo racional y maximizador. Por ello plantea que todos los individuos, al ser racionales, tienen la capacidad de elegir instrumentalmente sus preferencias en cualquier campo. Así, actuar racionalmente está asociado directamente con la decisión de consignar el monto de los recursos a invertir para lograr el fin deseado, donde el actor o agente es capaz de definir racionalmente de una variedad de acciones posibles, aquella que satisfaga sus deseos en un cuadro de maximización de sus restricciones.

A este esquema neoclásico convencional, se le incorporarían entre los años cuarenta y ochenta obras claves para su consolidación, como Teoría económica de la democracia de Anthony Downs, el Cálculo del consenso de Buchanan y Tullock, Teoría de juegos y comportamiento económico de John Von Neuman y Oskar Morgenstern, La lógica de la acción colectiva de Mancur Olson y Salida, voz y lealtad de O'Hirshman. Pero de todas ellas, sin duda la obra de John Von Neuman y Oskar Morgenstern (1944) fue la más significativa, ya que cimentaba la formalización metódica de las acciones individuales mediante la teoría de juegos.

Ello le garantizó al discurso de elección racional un despegue espectacular, puesto que brindaba una imagen de racionalidad perfecta en donde cada persona sabe cómo y cuándo lograr sus metas, y cuyo sustento son las nociones de información racional y uso

máximo de recursos. Se trata de una racionalidad instrumental que literalmente le permite al individuo conocer las intenciones de otro u otros similares a él (adversarios racionales), elaborando acciones estratégicas enfiladas a lograr los objetivos previamente planeados. [8]

De suyo, este proyecto de análisis social asentado sobre intereses racionales expuestos en las acciones individuales nos permite enlazar las siguientes observaciones: ¿por qué si existe una elección racional definida por el cálculo, en ciertas ocasiones los individuos se involucran en acciones colectivas que les representa más costos que beneficios? Igualmente, ¿en qué momento la acción individual se constituye en una acción colectiva y por qué? Sobre el particular Elster diría:

Por acción colectiva entiendo la elección por todos o la mayoría de los individuos de la línea de acción que, cuando es elegida por todos o por la mayoría de los individuos, conduce al resultado colectivamente mejor. Me referiré a menudo a esta línea de acción como conducta cooperativa (Elster, 1991a:44 cursivas nuestras).

Aquí se puede apreciar como Elster recupera de Mancur Olson los presupuestos de su Lógica de la acción colectiva, [9] donde éste plantea que los individuos racionales no colaboran en la obtención de un bien público mientras no exista de por medio una coacción o estímulo. Según este diseño intelectual, las personas se mantienen al margen de una plena cooperación, inducidas por su propia racionalidad -instrumental- que las lleva a sopesar los mayores beneficios con los menores costos. Dicha condición genera el problema del free rider o "gorrón", que goza de los beneficios alcanzados por una acción colectiva sin sufrir los costos de la misma. En esa medida, el fenómeno de la falta de interés racional del individuo para cooperar se registra como una constante *sensu lato* del comportamiento individual. Aparece así la dicotomía entre intereses individuales y acción colectiva, donde la primacía de los primeros en función de principios racionales o egoístas pueden echar por la borda una acción común. Lo paradójico es que el argumento base de la acción individual, la racionalidad instrumental, y un exceso de la misma, se convierten en obstáculo para la cristalización del interés colectivo.

En respuesta a este asunto, Elster, en el tercer escrito de su trilogía fundamental, Juicios Salomónicos, [10] aborda el tema de las limitaciones de la racionalidad. Polemiza con los axiomas del liberalismo económico convencional. Que postula la existencia de una racionalidad perfecta en el individuo. Distante de tal postura, Elster considera que seguir sosteniendo dicho punto de vista implica para el análisis concebir como algo inherente al individuo la existencia de una conducta free rider. Lo que por otra parte no aclara es por qué los individuos se embarcan en acciones colectivas como revoluciones, huelgas o apoyos solidarios, a pesar de que los mismos en muchas ocasiones reditúan más pérdidas que beneficios. Frente a esta circunstancia, Elster propone la idea de una racionalidad límite cuyas motivaciones y creencias no siempre descansan sobre motivos egoístas e instrumentales. [11] O como el mismo Elster enuncia: "en la vida real nadie actúa como utilitario" (Elster, 1990:134).

El cooperador utilitarista o racional no es el único que puede participar en una acción colectiva; también existen los cooperadores incondicionales, esto es, aquellas personas que se solidarizan por deber o placer con los propósitos de una colectividad. Expuestas así las cosas, es dable entender por qué una actividad común, que en términos de relación costo-beneficio es deficitaria para sus integrantes, al realizarse no obstante sus o es deficitaria para sus integrantes, al realizarse no obstante sus debilidades estratégicas, logra en no pocas veces el éxito. Lo central de este punto es ubicar la utilidad que como integradores o catalizadores pueden tener en ciertas circunstancias los cooperadores incondicionales. Una acción no puede respaldarse exclusivamente en la participación

racional de los individuos; requiere del grupo incondicional cuya presencia es aquilatada en algún momento de la actividad, al inicio, el intermedio o el final de la acción colectiva, como un activo indiscutible para cohesionar o acicatear la contribución de los individuos utilitaristas, pero sin llegar a ser determinantes.

Debería estar clara la importancia de las motivaciones mixtas en la acción colectiva. No sólo se trata de que diferentes formas de acción colectiva se sostengan mediante motivaciones diferentes. Un caso dado de acción colectiva contará también en la mayoría de los casos con participantes que estén motivados por preocupaciones distintas. La presencia de cooperadores que estén motivados por preocupaciones distintas. La presencia de cooperadores incondicionales -que actúan por deber o por el placer de participar- pueden ser una condición necesaria para que surjan cooperadores condicionales. Estos a su vez, pueden llevar el nivel de participación hasta el punto en que se sume gente nueva porque les avergüence ser gorriones. Las permutaciones son infinitas (Elster, 1991a:68). son infinitas (Elster, 1991a:68).

La sola percepción de un estímulo universal, o de que cada instancia de cooperación tenga su motivación única, son los errores que Elster estima recurrentes en la interpretación de la acción colectiva. En ese sentido, no se ha logrado percibir que "la cooperación se produce cuando y debido a que diferentes motivaciones se refuerzan unas a otras" (Elster, 1990:132). Que algunos cooperen racionalmente, otros por altruismo, otros por voluntad o que otros definitivamente no cooperen, indica la complejidad de motivaciones que pueden estar inscritas en una acción colectiva. Pero en particular -lo que interesa a Elster- ellas dan cuenta de la imposibilidad para hablar de una racionalidad universal -perfecta- a la cual se encuentran adheridos indudablemente todos los individuos.

La cooperación de una persona sin otro aliciente que compensar lo que "otros" hicieron en el pasado o en otra circunstancia, y que ahora ella o ellas "desean" y/o se "sienten" comprometidas a colaborar sin la pretensión de lograr un alto beneficio, socava la imagen de que toda acción colectiva está edificada sobre la proposición del actor racional. ¿Hasta dónde es racional protagonizar un acto que implica más costos que beneficios? A la mente nos llega la imagen de las grandes tragedias, como por ejemplo el terremoto de México en 1985; ¿por qué los individuos se solidarizaron con otros en los rescates o recolectando bienes, toda vez que ello ponía en peligro sus vidas o impactaba sus condiciones de vida particulares? Por igual evocamos las movilizaciones de 1989 en Europa del Este: ¿por qué el atrevimiento para salir a las calles a oponerse multitudinariamente a la continuidad del poder soviético, a pesar del antecedente represivo en todos los países de la órbita "socialista real"? Y en ese mismo tenor, ¿se tenía como finalidad racional alcanzar la situación que actualmente se vive en esa región?

Una y otra acciones colectivas es "posible reducirlas a la tesis del equilibrio egoísta, en el que el individuo responde a lo que otro hace en la misma magnitud, siguiendo la lógica de esto por aquello: estamos así frente a un asunto de actitudes no instrumentales. Esto es: de facetas ocultas de la acción colectiva, donde si bien el perfil positivo sería el comportamiento estratégico de los individuos articulados en la premisa sustantiva de una racionalidad standard o por defecto, quedan abiertas al debate aquellas acciones no ceñidas al principio de los alcances óptimos. Aquí Elster inaugura dentro del modelo racional una vertiente de explicación normativa, digna de ser tomada en cuenta, para entender por qué al momento de tomar la decisión de cooperar o no, la misma no necesariamente se funda en preceptos racionales.

En efecto, asentada en un enfoque consecuencialista, la perspectiva de elección racional parte de un supuesto de optimización, en tanto la existencia de una naturaleza racional

del individuo que lo llevará a elegir algún bien u opción a partir de la maximización de sus recursos. Por lo tanto, constantemente elegirá lo más útil con la menor inversión, y la calificación de si su elección es correcta o incorrecta dependerá de los costos finales. De esta manera, el éxito de una acción estará dado por la correlación favorable entre medios y objetivo, es decir: "la acción racional -esté o no motivada económicamente o políticamente- está orientada hacia resultados. La racionalidad dice: 'si se desea obtener Y, haz X'" (Elster, 1991c:120).

Pero qué pasa cuando las personas asumen acciones, normas, valores o códigos independientemente de la necesidad de acatarlos o no. ¿Por qué un individuo no tira la basura en la calle a pesar de que nadie lo mira? O ¿por qué un votante emite su sufragio por el partido que prometió?, no obstante que de última hora no se sienta convencido del programa de dicha organización. ¿A qué se deben estos comportamientos? Lo que la elección racional no concibe, pero Elster pone de relieve, es el papel desempeñado por las normas sociales. Sobre todo las normas sociales vinculadas a creencias a partir de las cuales los actores edifican sus acciones; así por ejemplo, un elector sabe racionalmente que la política económica del partido preferido atenta contra su status de vida inmediato; sin embargo confía en que a pesar de estas penurias en el largo plazo se le ofrezcan mejores condiciones de vida. ¿Por qué se da esta situación?

En tuercas y tornillos Elster comenta acerca de las normas:

...las normas no necesitan sanciones externas para ser efectivas. Cuando las normas son internalizadas se las sigue aún cuando la violación pueda pasar inadvertida y no ser sometida a sanciones. La vergüenza y la previsión de la vergüenza es una sanción interna suficiente... En el proceso de internalizar normas son esenciales las actitudes de los otros, pero una vez que el proceso se ha logrado las normas, por así decir, se rigen solas (Elster, 1990:120; cursivas del autor).

Para entender el alcance de las normas en la teorización de lo social, conviene recordar que en la tradición del homo sociologicus el examen de la acción se sustenta en el análisis de grupo. Son condición prioritaria para explicar la orientación de una acción los valores y las normas internalizados por los individuos, que los encauzan a protagonizar variados comportamientos. Así, la determinación de una estructura social que introyecta percepciones de la vida en comunidad o sobre el sentido de la misma para el futuro, resulta crucial, ya que desde ahí acuñan los individuos sus roles y/o su conciencia acerca de su proceder social.

Como contraparte al argumento normativo, la vertiente del homo oeconomicus tiende a privilegiar la solución de las confrontaciones estratégicas inmediatas, sin ser de su interés cuestionarse por las expectativas estructurales o históricas de largo alcance. Ello debido básicamente a que la visión utilitarista posa todo su aparato conceptual en la interpretación de las acciones individuales concretas registradas en el plano próximo. De ahí su vocación para atender los deseos del presente sobre el piso de las creencias racionales del momento. Esta postura se constituye así en una virulenta reivindicación teórica individualista, que trata de romper con el punto de vista del homo sociologicus.

De esta suerte, frente a los objetivos de largo plazo implícitos en las normas, cuya manifestación es la existencia de propósitos o aspiraciones propias de la estructuración de cada sociedad, la elección racional brinda una visión "corto-placista" constreñida exclusivamente al interés racional de cada persona. Ante ello, la reflexión de Elster respecto a las normas ofrece un giro sugerente al estudio de la acción colectiva, ya que a partir de esta disyuntiva entre la racionalidad instrumental y la normatividad, somete a litigio los términos en función de los cuales los individuos interaccionan. Por tanto la

pregunta es hasta dónde es dable concluir que la acción colectiva se puede inducir, promover o motivar desde una organización racional meramente instrumental, sin que sea necesaria la existencia de un cuadro de valores morales o altruistas producto del avance civilizatorio y el entrecruzamiento de múltiples relaciones sociales.

Ello conlleva a estimar que los individuos realizan buen número de sus conductas amparados en deliberaciones con una suficiente carga de motivación moral, y que no obstante ser típicamente racionales, denotan un ostensible alejamiento del prototipo racional-instrumental. Así entonces, juzgar las expectativas de los individuos desde el pasado y desde allí construir el futuro, es una esfera no asimilable por la elección racional, pero que Elster somete a reconsideración.

...las normas sociales no están orientadas hacia los resultados. Las normas sociales más simples son del tipo "haz X o no hagas X". Normas más complejas dicen: "si haces Y, luego haz X o si otros hacen Y, luego haz tú X". Normas aún más complejas podrían decir: "Haz X si fuera bueno que todos hicieran X". La racionalidad es esencialmente condicional y está orientada hacia el futuro. Sus imperativos son hipotéticos, es decir, condicionales sobre futuros resultados que uno desea alcanzar. Los imperativos expresados en las normas son o bien incondicionales o, si son condicionales, no están orientados al futuro. En este último caso, las normas pueden hacer que la acción dependa de sucesos pasados o (más raramente) de hipotéticos resultados. Los actores racionales siguen el principio de dar olvido al pasado, de disimular sus pérdidas y de ignorar los costos de las adversidades. En la operación de las normas sociales, en cambio, el pasado cumple un papel esencial. La noción de ignorar o rebajar sus pérdidas es ajena, por ejemplo, al hombre inexorable que persigue una venganza o al dirigente sindical obrero que prefiere luchar y perder antes que no luchar (Elster, 1991c:120-121).

Esta es una extensa pero obligada referencia porque además de reafirmar la influencia de la normatividad en las acciones, Elster define en ella las bases para reformular el tema de la acción colectiva desde una visión ético-histórica, al incorporar el componente deontológico (justicia y legitimidad de la norma) en las acciones individuales y cómo ello influye en la cooperación. En palabras de Domènech: "Elster se ocupa con cierta intensidad del asunto de la autonomía, y de varios de los problemas éticos que ésta implica: responsabilidad individual en lo referente a la elección de los propios deseos y preferencias, capacidad del sujeto decisor para elegir parcialmente sus propias constricciones, problemas de libertad interior, etcétera" (Domènech, 1991:36).

Lo anterior es ejemplificado por Elster con la fábula de la zorra y las uvas verdes, que significa reconocer cómo las preferencias y las creencias de los individuos no son ajenas a las restricciones (recursos con que cuenta el individuo) objetivas de la acción. En esa medida, mientras el esquema racional ortodoxo sustrae el binomio preferencias-creencias a condiciones no racionales, la óptica elsteriana destaca la potencialidad desplegada por el factor normativo en la constitución de los deseos y preferencias del individuo. Sin ser enteramente racional, la normatividad está presente en las aspiraciones y deseos de las personas. La doble motivación (racional y normativa) moldeadora de las acciones personales, remite a pensar el hecho de una racionalidad imperfecta, donde los individuos conscientes de llegar a tener comportamientos irracionales fundan medios o formas que les favorezcan una actitud racional. [12] Un ejemplo de este comportamiento irracional queda claramente representado por Elster a través del caso de Ulises, quien temiendo sucumbir al canto de las sirenas ordena ser atado al mástil de su nave.

Con esta preocupación por los efectos de la normatividad en la formación de la acción individual, Elster ubica la discusión en torno a la autonomía y la justicia, que en otros términos implica replantear el sentido de las acciones colectivas en transformaciones de

largo aliento. En efecto, contra las limitaciones de la acción a situaciones de corto alcance delineadas por la elección racional, el desideratum de los individuos en tanto colectividad para Elster debe estar anclado a una causa de mayor proyección como la justicia, dado que la acción colectiva con propósitos de cambio social no puede satisfacerse por ningún criterio de racionalidad instrumental.

Para el noruego, el ingrediente central para guiar esta dinámica es la convicción en las modificaciones de largo alcance para la sociedad, lo que implica hablar de un propósito extracoyuntural que vaya guiando y fortaleciendo las motivaciones de los individuos, de tal forma que no obstante los tropiezos inmediatos, las aspiraciones sigan vigentes, revitalizándose sobre la base de aprender de las fallas cometidas en el presente, pero invariablemente con la pretensión de reiterar en el objetivo final una y otra vez. Ello conlleva a concebir la relación y/o cooperación social que se da entre las personas a partir del respeto y la tolerancia con implicaciones directas en la distribución equitativa de los bienes públicos a fin de construir una sociedad justa. [13]

En la ortodoxia racional cualquier acto y su correspondiente secuela responden a un ejercicio de optimización donde la persona actuó racionalmente conforme a esta ponderación. En consecuencia es responsable de los resultados en que derive este comportamiento. Ante ese razonamiento (ampliamente pregonado por el neoliberalismo) Elster se pregunta si los individuos pueden ser responsables de su condición económica, de sus creencias, de sus valores, o bien de sus habilidades. Si se diera una respuesta afirmativa, tendríamos que aceptar que un desempleado carece de empleo, el pobre de vivienda, el obrero de incremento salarial, o el indigente de seguridad social por efectos de la libre elección racional.

La existencia de una racionalidad imperfecta y el ascendiente normativo en el proceso de organización social son argumentos sustantivos que para Elster debilitan la idea de una certidumbre racional en todas las acciones y objetivos propuestos por los individuos. Ellos no son responsables de su situación, ya que el mundo está dominado por incertidumbre, misma que se traduce en contextos de duda y perplejidad. Así, a la noción de una sociedad inscrita en ámbitos de infalibilidad y certeza, Elster la sustituye por un conglomerado humano aprisionado entre parámetros aleatorios e inciertos, que hallaría en la suerte y el azar sus posibles mecanismos para tomar decisiones individuales y colectivas inmediatas, mientras que para una trayectoria de largo aliento, la categoría de justicia ocuparía un lugar sustantivo.

La justicia como marco moral de la cooperación es la única premisa nodal de la institucionalidad social capaz de resarcir la mala fortuna de los individuos en su dotación de recursos. Según Elster, la suerte en el acceso a los recursos ha hecho que unos individuos tengan mayores posibilidades de desarrollo que otros, dándose forma así a una sociedad desigual e injusta. Sin ser responsables de su condición, los individuos desafortunados requieren de una indemnización social e institucional que los coloque en igualdad de circunstancias con el resto de la colectividad. [14] Pero para lograr esto, se plantea como condición sine qua non la existencia Pero para lograr esto, se plantea como condición sine qua non la existencia de un código moral de justicia que rijan la orientación y actividad tanto de las conductas individuales, como colectivas, lo que en otras palabras representa construir instituciones rectoras de la sociedad justas. Sólo de esa manera podrá disminuirse el riesgo de la mala fortuna, y por ende de la inequidad en el alcance de los recursos sociales.

De aquí surge un tema de gran actualidad dentro de la filosofía política contemporánea, que aunque rebasa los propósitos de este ensayo, bien vale la pena enunciarlo brevemente: el riesgo y la incertidumbre son actualmente elementos determinantes de las

sociedades, que definen "un estadio de desarrollo en el que los pilares de la organización social no descansan ya sólo, como había venido aconteciendo hasta ahora, sobre la administración y distribución desigual de los recursos, sino, básicamente, sobre la distribución, más o menos consensuada, de aquellas consecuencias, poco o nada anticipables, que se derivan de la toma de decisiones de relevancia pública" (Rodríguez, 1993:8).

En una suerte de efecto perverso, la sociedad presente abreva de las generosidades del desarrollo científico-tecnológico, pero también se enfrenta a un futuro de riesgos incalculables e indefinidos. El carácter incierto en los efectos de una decisión empieza a ordenar la sociedad en función de quienes corren mayores o menores riesgos, y de cómo se les ha de retribuir esa carga de costos a su condición. Ejemplo claro son quienes trabajando en la industria cibernética, aeroespacial o nuclear, ciertamente colaboran al avance de estas áreas, pero ¿qué impactos tendrá esta participación en su salud? Igualmente, sin tener un control pleno de las nuevas tecnologías, ¿cómo garantizar seguridad a los habitantes o a las regiones cercanas donde se asientan tales industrias?.

Los desastres de Tres Millas en Estados Unidos, Chernobil en la exURSS o de la Unión Carbide en la India, son muestras de ello. Si el mercado en su momento volvía incierto el acceso a los bienes de consumo para la población, obligando al Estado a impulsar políticas de compensación económica y social, hoy en día esta circunstancia de "riesgo" demanda por igual ponderar novedosos mecanismos de indemnización social. Sin alargarnos demasiado en el tema, la llamada sociedad del riesgo, [15] no solamente provoca ajustes en su composición estructural; también tiene sus repercusiones en la formación de identidades base de la acción colectiva. De ahí entonces que la época por venir apunte redefiniciones sustantivas en el carácter de las movilizaciones sociales, ya sea en el tipo de sus demandas, o en la forma de su organización y solidaridad.

En esta perspectiva, acontecimientos como el de Europa del Este durante el año 1989 sirven de referente obligado para preguntarnos si los productos obtenidos por los actores en sus respectivas movilizaciones siempre son los deseados. ¿Hasta dónde el sentido de la acción inicial y el producto de la misma se puede concebir como racional? o bien ¿estamos o no en presencia de una sociedad dominada por la incertidumbre en la que la racionalidad queda rebasada en sus posibilidades? Estas son amplias incógnitas temáticas que distan mucho de quedar resueltas, pero que tienen en los planteamientos de Jon Elster una contribución sustantiva, especialmente cuando los años por venir atisban una intensificación en los debates normativos sobre los cuales se construirán las sociedades del inminente siglo XXI.

CITAS:

[\*] Profesor-Investigador del Departamento de Sociología, UAM-Azcapotzalco.

[1] También llamado September group, que se reúne anualmente en Oxford. Otros integrantes del grupo son Eric Olin Wright, Robert Brenner y Phillipe van Parijs.

[2] Marxismo dogmático y sociología norteamericana son los componentes de la tradición de posguerra bautizada por Gouldner como Sociología Occidental, de quien recuperamos la noción.

[3] Para ello, recordemos el cisma generado por Louis Althusser, quien con su texto "El marxismo como teoría 'finita'", presentado en Venecia en 1977, donde expuso las limitaciones del marxismo como teoría explicativa del capitalismo, despertó acaloradas disputas entre los marxistas acerca del status científico de ese discurso. Este texto se

puede consultar en Althusser, Vaca, Menapace, et. al. *Discutir el Estado. Posiciones frente a una tesis de Althusser*, México, Folios, 1982. Otros materiales producto de la misma circunstancia que fueron editados en México y pueden ser revisados son: Colletti, Althusser, et. al. *La crisis del marxismo*, México, UAP; Della Volpe, Cerroni, Colletti, et. al. *La dialéctica revolucionaria*, México, UAP; Colletti y Gerratana. *El marxismo y Hegel*, México, UAP. a, México, UAP.

[4] Empero, es de notar que a pesar de sus diferentes ópticas y propuestas, una y otra corriente tenían una importante coincidencia: estipular su conocimiento sobre la noción de algo conocido, de tal manera que la investigación social describía o reflejaba procesos acotados de antemano a ciertas coordenadas teóricas. Es decir, ambos proyectos abrazaban la concepción de que sus métodos eran un corpus de consideraciones establecido e irrefutable acerca de la realidad social. Con lo cual su estudio de la realidad quedaba preñado por fuertes cargas ontológicas, derivándose de ahí una lectura cerrada y mecánica del mundo total (Rodríguez, 1992:290).

[5] "las disputas interpretativas pasaron de la teoría social a la epistemológica; éste fue el primer signo de la crisis" (Castañeda, 1987:16); éste fue el primer signo de la crisis" (Castañeda, 1987:16).

[6] Tal y como lo expresa O'Hirshman en *Las pasiones y los intereses* de 1978, "el término interés...no se limita en modo alguno a los aspectos materiales del bienestar de una persona; más bien abarca la totalidad de las aspiraciones humanas, pero denota un elemento de reflexión y cálculo sobre la forma en que estas aspiraciones deberían de perseguirse" (O'Hirschman, 1978: 39-40. Subrayado nuestro).

[7] Para el paradigma económico, piedra angular es el interés, toda vez que mediante él se explica la motivación del mercado y la organización del capitalismo. Ello a partir del principio de que la búsqueda del interés particular repercute en la promoción del interés colectivo de la sociedad. Con la noción de interés se pretende aclarar el por qué de las conductas de individuos y agrupamientos.

[8] "...permitió aplicarla (la racionalidad instrumental) a aquellas situaciones en las que el agente decisor no está enfrentado a parámetros naturales inertes fácilmente controlables (epistémicamente), sino a otros agentes tan racionales como él, tan bien o mal intencionados como él, y dotados, como él, de una capacidad de previsión estratégica no controlable por otros" (Domènech, 1991:21).

[9] Olson, Mancur (1992), *La lógica de la acción colectiva: bienes públicos y teoría de los grupos*, México, Limusa-Noriega.

[10] Las otras dos obras en orden de aparición son *Ulises y las sirenas. Estudios sobre racionalidad e irracionalidad*, México, FCE, 1989 (en inglés, 1979), y *Uvas amargas. Sobre la subversión de la racionalidad*, Barcelona, Península, 1988 (en inglés 1983). De esta última existen algunas reservas sobre su traducción, véase Alvarez, J.F. "¿Es inteligente ser racional?", Madrid, Sistema, núm. 109, julio, 1992; Igualmente Domènech, A. (1991:46).

[11] Como una alternativa a esa noción de racionalidad, y con ella de ser racional, que en sí misma suena ya dura y demasiado rígida, Alvarez J.F. propone el concepto más flexible como el de "ser inteligente". Véase Alvarez, J.F. "¿Es inteligente ser racional?", Madrid, Sistema, núm. 109, julio, 1992.

[12] "A pesar de no ser siempre racionales, los hombres quieren ser racionales y buscan mecanismos que les permitan serlo" (Domènech, 1991:25).

[13] Para este asunto son importantes las recientes aportaciones de pensadores como John Rawls, Amartya Sen, Jürgen Habermas o Ronald Dworkin.

[14] "...en la mayoría de las sociedades occidentales...las instituciones están guiadas por la meta de eliminar, compensar o por lo menos reducir la importancia de la mala fortuna" Elster, Jon. "¿Relaciones conflictivas?," en Perfil de la Jornada, Diario La Jornada 5-VI-93, p. XI.

[15] Para un mayor acercamiento a este asunto se puede consultar el número temático de la Revista de Occidente, núm. 150, Madrid, noviembre 1993.

#### BIBLIOGRAFIA:

Alvarez, J. Francisco (1991), "Individuos e información: sobre el marxismo analítico", en Isegoría, Madrid, Instituto de filosofía (CSIC), núm. 3, abril.

Alvarez, J. Francisco (1992), "¿Es inteligente ser racional?", en Sistema, Madrid, núm. 109, julio.

Castañeda, Fernando (1987), "La crisis de la epistemología", en Revista Mexicana de Sociología, 1-87, IISUNAM, México, enero-marzo.

Domènech, Antoni (1991). "Introducción" a Elster, J. Domar la suerte, Barcelona, Paidós-I.C.E-U.A.B.

Elster, Jon (1988), "La posibilidad de una política racional", en Olivé, León (Comp.), Racionalidad, México, Siglo XXI-UNAM.

Elster, Jon (1990), Tuercas y tornillos, Barcelona, Gedisa.

Elster, Jon (1991a), "Racionalidad, moralidad y acción colectiva", en Aguiar, Fernando (Comp.) Intereses individuales y acción colectiva, Madrid, Pablo Iglesias.

Elster, Jon (1991b), Juicios Salomónicos, Barcelona, Gedisa.

Elster, Jon (1992), Una introducción a Karl Marx, México, Siglo XXI.

Elster, Jon (1991c), El cemento de la sociedad, Barcelona, Gedisa.

Giddens, Anthony (1983), La estructura de clases en las sociedades avanzadas, Madrid, Alianza Universidad.

Gouldner, Alvin (1979), La crisis de la sociología occidental, Buenos Aires, Amorrortu.

O'Hirshman, Albert (1978), Las pasiones y los intereses, México, FCE.

Melucci, Alberto (1986), "Las teorías de los movimientos sociales", en Estudios Políticos, México, UNAM, nueva época, núm. 2, vol. 5, abril-junio.

Paramio, Ludolfo (1991), "¿Qué nuevo marxismo?", en Nexos, México, núm. 157, enero.

Przeworski, Adam (1990), "Marxismo y elección racional", en Doxa, cuadernos de ciencias sociales, Buenos Aires, núms. 3 y 4, primavera-verano.

Roemer, John (1989), El marxismo: Una perspectiva analítica, México, FCE.

Rodríguez, Ibáñez José (1992), La perspectiva sociológica. Historia, teoría y método, Madrid, Taurus.

Rodríguez, Ibáñez José (1993), "Hacia un nuevo marco teórico", en Revista de Occidente, núm. 150, Madrid.